

con gusto en derredor de aquella bandera. Mas en su misma corte y dentro de su propio alcázar tenía Ali ben Hamud desafectos que espiaban ocasion de deshacerse de él. Un día, cuando él se preparaba á salir de Córdoba, como ya lo habian verificado sus tropas y acémilas, para combatir á Abderrahman que se sostenia en tierra de Jaen, quiso tomar antes un baño, del cual no salió, porque le ahogaron en él los mismos slavos que le servian, tal vez ganados por los alameríes de la capital (1017). Divulgóse su muerte como un accidente y natural desgracia, y así lo creyeron sus guardas y familiares.

Nada aprovechó este acaecimiento á Abderrahman Almortadi, porque el partido africano, bastante fuerte todavía en Córdoba, proclamó al wali de Algeciras Alkasim, hermano del ahogado. Condújose Alkasim con una crueldad que hizo olvidar la de su antecesor, y con pretexto de descubrir y castigar á los perpetradores de la muerte de su hermano, á unos daba tormento, á otros hacia perecer en suplicios, y los alameríes y las familias mas nobles de Córdoba se vieron oprimidas ó proscriptas, y no habia quien no temiera su venganza. Pero alzóse pronto contra él un terrible enemigo, su propio sobrino Yahia, hijo de su hermano Ali, que se hallaba en Ceuta, el cual pretendiendo que le pertenecia el trono de Córdoba, desembarcó en España al frente de sus salvages tribus, y trayendo consigo una hueste auxiliar compuesta de

los feroces negros del desierto de Sús, raza belicosa y bárbara que nunca habia pisado el suelo español. Cuando Alkasim partió de Córdoba á su encuentro, ya su sobrino se habia apoderado de Málaga: diéronse los dos competidores algunas batallas sangrientas, mas temeroso Alkasim de que sus discordias redundasen en provecho de Abderrahman el Ommiada que se mantenía en las Alpujarras, propuso á Yahia un concierto, por el cual se convino en compartir entre sí el imperio. Tocóle á Yahia la ciudad de Córdoba, y encargóse Alkasim de proseguir la guerra contra Almortadi con la gente de Sevilla, Algeciras y Málaga que reservó para sí. Mas habiendo tenido este último la imprudente confianza de pasar á Ceuta con objeto de dar solemne sepultura á los restos mortales de su hermano, Yahia, con insigne mala fé se hizo proclamar en su ausencia soberano único del imperio musulímico español. Favorecióle mucho la general odiosidad que habia contra Alkasim, no solo para que aquel fatigado pueblo no se opusiese á la usurpacion, sino para que los jeques y wazires se alegráran del cambio y le juráran gustosamente fidelidad y apoyo (1021).

Súpolo Alkasim en Málaga de regreso de su espedicion funeral, y con toda su gente marchó resueltamente sobre Córdoba decidido á vengar la alevosía de su sobrino. Faltóle á Yahia el valor cuando mas le habia menester, y á pesar de contar con el arrojo de sus negros, y con mas partido, ó siquiera con menos

antipatías en el pueblo que Alkasim, no se atrevió á esperarle, y abandonando la ciudad, no paró hasta Algeciras. Sin resistencia entró segunda vez Alkasim en Córdoba, si bien la soledad, el silencio, la tristeza que notó á su entrada le significaron bastante el disgusto con que era recibido, y que él aumentó con sus nuevas crueldades y sañudas ejecuciones. El aborrecimiento llegó á punto que no podía ya dejar de producir un conflicto. Una noche se tocó á rebato, y el pueblo, de antemano y secretamente armado, acometió furiosamente el alcázar, que á pesar de su impetuosa arremetida no pudo tomar, porque la guardia le defendió con bizarría. El populacho, sin embargo, no se separó de allí, y por espacio de cincuenta días tuvo estrechamente asediado al califa y sus guardias. Faltos ya de provisiones, determinaron hacer una salida vigorosa; muchos perecieron clavados en las lanzas populares: el mismo Alkasim hubiera sido despedazado sin la generosidad de algunos caballeros que le conocieron y escudaron, y le sacaron de la ciudad, y aun le dieron escolta hasta Jerez.

Cansada la poblacion del yugo africano, hubiera recibido con los brazos abiertos al Omniada Abderrahman Almortadi, si á tal sazón no hubiera llegado la noticia de su muerte. ¿Cómo fué la muerte de este esclarecido príncipe, y qué había sido de sus aliados, y cómo no prosperó mas su partido á través de las disidencias entre los caudillos y califas africanos? Hé

aquí como lo cuenta Ebn Khaldun en su capítulo sobre los príncipes de Granada. Veían Hairan y Almondhir (walí de Almería el uno y de Zaragoza el otro, principales fomentadores de la insurrección y del partido de Abderrahman) que Almortadi no era el califa que ellos se habían propuesto buscar. Cuidábanse ellos en el fondo muy poco de los derechos de los Omeyas, y si combatían por un príncipe de aquella familia, era con la esperanza de reinar ellos bajo un señor débil é impotente que hubieran impuesto como soberano legítimo á los berberiscos. Pero Almortadi, que era de natural altivo y fiero, no quiso acomodarse á semejante papel ni contentarse con una sombra de soberanía. Lejos de obrar según las miras y fines de Hairan y Almondhir, fué bastante imprudente para hacerse los enemigos. Un día los había prohibido entrar en su casa. «A la verdad, se dijeron ellos entre sí, este hombre se conduce de bien distinta manera ahora que manda un numeroso ejército que antes. Indudablemente es un engañador de quien no se puede fiar.» Para vengarse de Almortadi, que había favorecido á costa de ellos á los gefes de las tropas de Valencia y Játiva, escribieron á Zawi ⁽¹⁾, excitándole á que atacase á Almortadi en su marcha á Córdoba, prometiéndole que abandonarían al califa cuando la lid es-

(1) Zawi ben Zeiri era el walí de Granada, que, como berberisco, se había mantenido fiel á Alkasim, y fué el que principalmente sostuvo la guerra con Abderrahman.

tuviera empeñada. La batalla duró muchos días; en uno de ellos las huestes de Almondhir y de Hairan, según su promesa, volvieron la espalda al enemigo, quedando Abderrahman solo con los verdaderos partidarios de su familia y con algunos cristianos auxiliares que llevaba. Fueron estos pronto puestos en fuga por los berberiscos, que hicieron horrible matanza en sus contrarios, y se apoderaron de sus riquezas y de las magníficas tiendas de sus príncipes y de sus generales.

«Esta derrota, dice Ebn Hayan, fué tan terrible, que hizo olvidar todas las demas: desde entonces jamás el partido andaluz pudo reunir ya un ejército, y él mismo confesó su decaimiento y su impotencia.» Expiaron, pues, Hairan y Almondhir con la ruina de su propio partido su infame traicion contra Almortadi. Este desventurado príncipe logró no obstante poder escapar de los berberiscos, y ya había llegado á Guadix cuando unos espías enviados por Hairan le descubrieron y asesinaron. Su cabeza fué enviada á Almería donde Almondhir y Hairan se hallaban entonces (1).

(1) Dozy, Recherches, etc. t. 4. pág. 40. y sig.—Conde, cuyo relato difiere del de Ibn Khaldun, cuenta que «en lo mas recio de la pelea, cuando la victoria se declaraba por los alameríes, una fatal saeta flechada por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente al rey Abderrahman, que espiró en la misma hora que al rey Abderrahman le anunciaron que sus tropas y aliados seguían victoriosos á sus enemigos (cap. 113).» Dozy supone este acaecimiento en 1018. Conde en 1023. Esta última fecha concierta mejor con los sucesos anteriores y posteriores, según hasta

Gran desconuelo causó esta novedad á los alameríes de Córdoba y á todos los parciales de los Omeyas, que temían verse de nuevo envueltos en los horrores de la guerra civil de que en un momento se lisonjearon haberse libertado. Pero conociendo que no debían perder el tiempo en lamentos estériles, apresuráronse á proclamar califa á Abderrahman ben Hixem, hermano de Mohammed el biznieto de Abderrahman III. Diéronle el título de Abderrahman V., y el sobrenombre de Almostadir Billah (el que confía en el amparo de Dios). Joven de veinte y tres años, bella y agradable figura, ingenio claro, erudito y elocuente, y de costumbres severas, parecía Abderrahman V. el mas á propósito para reparar los males del imperio, si los males del imperio no hubieran sido ya irreparables. Todos ambicionaban ya el trono, y su mismo primo Mohammed ben Abderrahman fué el que mas sintió verse postergado y juró destronarle ó sucumbir en la demanda. Sobre no poder contar ya ningun califa con la sumision de los walfes de las provincias, perdióle á Abderrahman su propia severidad y su celo por la reforma de los abusos. Quiso enfrenar la licencia de la guardia africana andaluza y slava, y suprimir algunos privilegios odiosos que se habían arrogado, y como no faltára quien instigase á los

ahora los conocemos. Según Conde, no pudo Hairan tener parte en el asesinato del califa Ommiada, puesto que refiere haber sido decapitado por Ali en una invasion que este hizo en Almería. Dozy le hace morir despues de muerte natural. ¡Notables discordancias!

descontentos, á quienes tales medidas ofendian, bur-
lábanse de él diciendo que era mas cortado para su-
perior de un convento de monjes que para soberano
de un imperio. Mohammed era el que principalmente
fomentaba estas malas disposiciones. El resentimiento
estalló en rebelion abierta, y una mañana antes de
levantarse el califa, se vió asaltado por una muche-
dumbre tumultuosa, que comenzó por asesinar los
slavos que guardaban la puerta de su departamento.
Despertó Abderrahman al ruido, y empuñando su
alfange, se defendió valerosamente un buen espacio,
hasta que sucumbió á los repetidos golpes de los ase-
sinos, que con bárbara ferocidad hicieron su cuerpo
pedazos, y se derramaron tumultuariamente por la
ciudad proclamando á desaforados gritos á Mohammed
en medio de la sorpresa y espanto de una poblacion
intimidada.

Dueño Mohammed del apetecido y ensangrentado
trono, siguió el sistema opuesto al de su antecesor.
Propúsose conquistar la afeccion de la guardia africa-
na á quien debia su elevacion, á fuerza de prodigali-
dades y larguezas. Otorgóle nuevos privilegios, daba
á los soldados espléndidos banquetes, agasajábalos de
mil maneras, y creyéndose con esto afianzado y se-
guro entregóse á una vida de placeres, entre músicas,
versos, juegos y festines en el palacio y jardines de
Zahara que hizo reparar. Los walíes y alcaides que le
veian tan distraido y apartado de los negocios públi-

cos y de gobierno obraban como señores independien-
tes y disponian por sí de las rentas de las provincias,
y como estas dejaron de ingresar en el tesoro y los
dispendios del califa consumian tan apresuradamente
los escasos recursos que quedaban, agotáronse estos
pronto, y solo á fuerza de gabelas y vejaciones em-
pleadas por los recaudadores públicos podian los pue-
blos de Andalucía subvenir á las liberalidades de su
pródigo soberano. Pero era á costa de la miseria y de
la opresion del pueblo, cuyas quejas y lamentos eran
necesarios y naturales. Cuando todo se apuró, y llegó
á faltar no solo para las acostumbradas larguezas sino
hasta para las atenciones indispensables, murmurá-
banle ya simultáneamente la guardia y el pueblo, este
por lo que habia dado de mas, aquella por lo que
dejaba de percibir. Pueblo y guardia al fin se suble-
varon; comenzó la multitud amotinada por pedir la
destitucion de algunos vazzires y las cabezas de otros,
y concluyó por reclamar á gritos la del califa y sus
ministros. Merced á la lealtad de algunos ginetes de
la guardia africana que pudieron librarle del furor
popular, logró Mohammed salir de Zahara con su fa-
milia y refugiarse en la fortaleza de Uclés, cuyo alcai-
de le franqueó generosamente la entrada. Pero allí le
alcanzó el odio de sus perseguidores, y en aquel hos-
pitalario asilo murió á poco tiempo envenenado, des-
pues de un corto reinado de año y medio (1025).

Córdoba suspiraba ya por un soberano capaz de

poner término á la feroz anarquía que la desgarraba, Poseía entonces el emirato de Málaga y estendia su gobierno á Algeciras, Ceuta y Tánger aquel Yahia ben Alí el Edrisita, que ya habia obtenido algun tiempo el califato, y gozaba fama de gobernar con moderacion y con justicia. A invitacion de sus parciales pasó Yahia á Córdoba, donde fue recibido con demostraciones públicas de alegría. Su primer cuidado fué escribir á los walíes ordenándoles que pasaran á la capital á jurarle obediencia, pero estos no estuvieron con él mas deferentes que con sus antecesores: los unos ó se escusaron ó se hicieron sordos, los otros le desobedecieron abiertamente y aun se atrevieron á tratarle de intruso y usurpador. De este número fué el de Sevilla Mohammed ben Abed, llamado Abu al-Kasim, conocido ya por su rivalidad con Yahia. Quiso este castigar ejemplarmente su desobediencia, y salió á combatirle con la caballería de Córdoba, dando orden á los alcaides de Málaga, de Arcos, de Jerez y de Medina Sidonia para que se le incorporasen. Noticioso de ello el de Sevilla dispuso una emboscada y por medio de una hábil estratagema logró envolver el ejército del califa, que fué completamente desbaratado: el mismo Yahia recibió en la refriega una lanzada que le clavó á la silla de su caballo: su cabeza fué enviada á Sevilla en señal de triunfo, y las reliquias del destrozado ejército cordobés se retiraron en el mas triste abatimiento (1026).

Asi acabó Yahia Ben Alí, último califa edrisita, que en dos veces que ocupó el trono no llegó á reinar año y medio. Mohammed ¡cosa extraña! se volvió á Sevilla sin aspirar al califato.

Hubieron de proceder á nueva eleccion los cordobeses, y á propuesta é influjo del vazzir Gehwar recayó el nombramiento de califa en Hixem ben Mohammed, otro biznieto del grande Abderrahman, y hermano de aquel desgraciado Abderrahman IV. Almortadi. Hallábase el elegido retirado en la fortaleza de Albonte (acaso Alpuente) en compañía de su alcaide, cuando le fué anunciada la nueva de su proclamacion. Modesto, desinteresado y prudente Hixem, contestó á los enviados del divan que daba las gracias al pueblo de Córdoba por la honra que le hacia y el afecto que le mostraba, pero que no podia resolverse á echar sobre sus hombros el grave peso del gobierno ni á dejar la vida quieta y pacífica de su retiro. Pasáronse algunos meses antes que pudieran vencer su repugnancia al trono, y cuando hostigado por las instancias de los principales alameríes se resolvió á aceptarle, difirió cuanto pudo su entrada en Córdoba so pretexto de organizar un ejército en las fronteras, encomendando entretanto el gobierno de la capital al vazzir Gehwar á quien nombró su hagib. Habian los cristianos, á través de las discordias que tambien los consumian entre sí, aprovechádose algo, aunque mucho mas hubieran podido hacerlo, de las que destro-

zaban á los musulmanes, y ensanchado considerablemente los límites de sus fronteras. Guerreó, pues, Hixem III. con ellos por espacio de tres años con fortuna varia, y principalmente por la parte de Calatrava y de Toledo. Fomentó mucho la institucion de los zahbits, especie de monjes guerreros, y como la milicia sagrada de los musulmanes, que se consagraban voluntariamente al ejercicio de las armas y á defender constantemente las fronteras contra los almogavares cristianos; origen, á lo que muchos creen, de las órdenes militares cristianas.

Pero si algo ganaba el califa sosteniendo el honor de las armas musulmicas en las fronteras, perdía mas por otra parte el imperio con su apartamiento de la capital, alojándose, ó mas propiamente desatándose ya los escasos vínculos que le unian, ya tomando ocasion de su misma ausencia los sediciosos para fomentar en la capital hablillas y disturbios, ya declarándose los walíes en completa independencía y obrando como reyes absolutos. De todo le dió aviso su fiel hagib Gehwar, instándole á que con la mayor presteza y diligencia pasase á Córdoba. Hizolo así Hixem (1029), y su presencia, su afabilidad, su prudente y generoso comportamiento no dejó de calmar los ánimos de los mas revoltosos é inquietos, y de captarse las voluntades de la mayoría de la poblacion, visitando las escuelas, colegios y hospicios, y socorriendo á los huérfanos, desvalidos y enfermos. Mas

cuando quiso persuadir á los walíes con amistosas cartas y prudentes razones la necesidad de la union y cooperacion comun para recuperar lo que las discordias habian hecho perder al imperio, no obtuvo ya sino ó negativas ó indiferencia, y no hubo manera de recabar de ellos las contribuciones y subsidios. Convencido de la ineficacia de los medios blandos y suaves, apeló á los fuertes y violentos, y encomendó á sus mas fieles caudillos la reduccion de los walíes desobedientes. ¡Inútiles y tardíos esfuerzos! Algunos de los disidentes eran momentáneamente sometidos, pero la unidad del imperio ya virtualmente disuelta acabó de disolverse en lo material. El africano Zawi ben Zeiri se hacia proclamar rey de Granada y de Málaga: los de Denia y Almería, los de Zaragoza, Badajoz, Mérida y Toledo, declaráronse independientes de hecho y de derecho; á las mismas márgenes del Guadalquivir se le rebelaban los de Carmona, Sevilla y Medina Sidonia; y el mismo Abdelaziz á quien habia dado el gobierno de Huelva se alzaba con el señorío de aquel pais. Apenas le quedaba sino la capital, y esta no tardó en enagenársele.

Supieron que el califa en última necesidad habia hecho pactos y transacciones con los rebeldes, y aquella poblacion, aquella raza degenerada, que, como el mismo Hixem decia, ni sabia ya mandar ni sabia obedecer, le criticó de débil y de cobarde, le culpó de la mala suerte de la guerra y de las calamidades

del reino, y se produjo en términos y demostraciones amenazadoras contra el califa. Aconsejábale Gehwar que abandonára la ciudad: él, que no había merecido la desafección del pueblo, no creía tampoco en su ingratitude, hasta que llegó el caso de pedir la amotinada multitud á gritos por las calles la deposición del califa y su destierro. Avisóselo el mismo Gehwar, y entonces Hixem con resignación filosófica exclamó sin alterarse: «Gracias sean dadas á Dios que así lo quiere.» Y aquel príncipe que con repugnancia había aceptado un trono jamás ambicionado, salió sin pesar de Córdoba acompañado de su familia y de algunos principales caballeros y literatos que quisieron correr la misma suerte que su soberano. Retiróse este primeramente á Hisn Aby-Sherif (1031), mas perseguido allí por los cordobeses buscó un asilo cerca de Lérida, donde acabó tranquilamente sus días en 1037. «En él, dice el historiador árabe, feneció la dinastía de los Omeyas en España, que principió en Abderrahman ben Moawia año 138, y acabó en este Hixem al-Motadi año 422 (de 756 á 1031). Así pasó el estado y la fortuna de ellos, añade, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró, y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará (1).»

(1) Conde, cap. 117.

CAPITULO XX.

REINOS CRISTIANOS:

DESDE ALFONSO V. DE LEON HASTA FERNANDO I.
DE CASTILLA.

De 1002 á 1037.

Falta de union entre los monarcas cristianos.—Conducta de Alfonso V.—Repuebla á Leon.—Sus desavenencias con Sancho de Castilla.—Célebre concilio de Leon de 1020.—Sus principales cánones ó decretos.—Constituye el llamado *Fuero de Leon*.—Muerte de Alfonso V.—Fueros de Castilla otorgados por el conde don Sancho.—Fueros en el condado de Barcelona.—Borrell II. y Berenguer Ramon I.—Fuero de Nájera por el rey Sancho el Mayor de Navarra.—García II de Castilla y Bermudo III. de Leon.—Muere el conde García asesinado en Leon por la familia de los Velas.—Apodérase el rey de Navarra del condado de Castilla.—Horrible castigo de los Velas.—Conquista una parte del reino de Leon.—Discordias entre el leonés y el navarro.—Vienen á acomodamiento y se pacta reconocer á Fernando por rey de Castilla.—El navarro se apodera de Astorga y se erige en rey de Leon.—Muerte de Sancho el Grande de Navarra, y famosa distribución de reinos que hizo entre sus hijos.—Guerra entre Ramiro de Aragon y García de Navarra.—Guerra entre Bermudo III. de Leon y Fernando I. de Castilla.—Muere Bermudo.—Extinguese la línea masculina de los reyes de Leon.—Hácese reconocer por rey de Leon Fernando de Castilla.—Reunion de las coronas de Leon y Castilla en Fernando I.

Decíamos en el anterior capítulo que el resultado de la batalla de Calatañazor y la descomposición á que por consecuencia de ella vino el imperio musul-